

UN DÍA PARA RECORDAR

Daria Elisa Zygmunt

Hoy 8 de marzo de 2017 me he despertado con una luz radiante que entraba por mi ventana. Mi semana como estudiante había sido dura, pero hoy como cada fin de semana, disfrutaba de mi descanso. Para mí y muchas personas más, hoy era un día muy importante.

Salí a la terraza para poder inhalar el aire fresco con olor a primavera que emanaba de la naturaleza. El ambiente que me rodeaba hacía que pudiese desconectar de todo pensamiento que rondase por mi cabeza. Cada fin de semana mi mente conseguía desvincularse del mundo real y así poder permitirme el lujo de relajarme. Me senté en un banco marrón algo roñoso y procedí a tomarme mi café. Hoy era domingo por lo que mañana me tocaba volver a mi rutina la cual, me dejaba agotada. Pese a ello, realmente estoy agradecida ya que puedo disfrutar de una educación que en otras épocas no era posible y a su vez puedo aprender y cultivarme con algo que me apasiona y he elegido con total libertad. Una vez terminado mi café me retuve a repasar toda la información que había estado estudiando para mis exámenes finales. Mañana tendría dos exámenes para los cuales había invertido mucho

tiempo estudiando con el fin de que me saliesen lo mejor posible. Esto me llevó pensar que todo esfuerzo tiene su recompensa ya que dentro de poco sería verano y podría disfrutar de mi derecho de vacaciones y descanso.

Seguí contemplando este magnífico día. El sol resplandecía y brillaba encima mía, el mismo sol del que disfrutaba mi abuela hace 100 años, pero en un mundo completamente diferente al actual. Mi abuela, Alejandra, era una mujer muy atractiva y esbelta, siempre vestida, por supuesto, con sus largos vestidos ya que en esos tiempos las mujeres no podían vestirse con libertad. Mi abuela, pese a vivir en la época que le tocó vivir era muy optimista y poseía un tremendo deseo por disfrutar la vida. Pero si solo pudiese definir a mi abuela en una sola palabra sería con el término de luchadora. Ella siempre luchaba por lo que le parecía correcto, tenía una mentalidad muy abierta para vivir en su época, y pese a educarse en casa, era una mujer muy inteligente para haber crecido en una población donde la mayoría de mujeres eran analfabetas puesto que no gozaban de la misma libertad que los hombres para poder educarse.

A mi abuela le encantaba la primavera, sobre todo cuando hacía días como los de hoy, en los que el sol brillaba con fuerza e iluminaba el cielo después de tantos días grises; pero a diferencia de hoy, ella no podía disfrutarlo, ya que su tiempo era muy limitado, trabajaba mucho y carecía de unas vacaciones como las que puedo presenciar yo a día de hoy. Desde las seis de la mañana se despertaba para trabajar jornadas de más de doce horas al día, eso sin contar a las tareas a las que estaba anclada es su propio hogar, como limpiar, cuidar de los niños, cocinar y un sinfín de tareas más. Yo todavía soy joven y no conozco el mundo del trabajo y pese a que muchos nos quejemos de la situación laboral actual tenemos muchos derechos que antes no existían y que ni si quiera uno se podía llegar a imaginar ya que anteriormente la situación en la que vivían las personas le parecía a uno de lo más normal, aunque fuese de lo peor, como si no existiese la posibilidad de remediarla.

Alejandra, mi abuela, no solo trabajaba lo que hoy en día se consideraría inhumano, sino que también lo hacía en lugares sucios e insalubres, sin la certeza de que cada día podría llegar a su casa sana y salva. Además, mi abuela como el resto de mujeres tenían que soportar jornadas agotadoras, muy mal remuneradas, cobrando menos que los hombres y sin ninguna protección por la maternidad; añadiéndole el hecho de que los partos eran complicados y arriesgados, no existían los anticonceptivos y la mortalidad de los niños en esa época era muy elevada. Pero para aquellas mujeres que trabajaban en el campo, la situación era muchísimo peor aún ya que la mujer campesina era casi una esclava, del trabajo y del hogar. Solo con imaginar cómo era la vida de las personas alrededor de 1917 me provocaba un estremecimiento que recorría todo mi cuerpo; el periodo de tiempo en el que vivió mi abuela fue atroz.

En su época las ciudades estaban llenas de penuria y tristeza, sobre todo para la clase media social baja. En Petrogrado la mayoría de los días eran grises sumidos en un frío exorbitante, que paralizaba el cuerpo y con él, el tiempo. Los días se hacían interminables hasta el punto de entrar en un bucle inmerso por la rutina. Cada día era igual o peor que el anterior sin producirse ninguna mejora o cambio. En las familias escaseaban los alimentos debido a sus elevados precios, por no mencionar que en diciembre de 1915 las mujeres llegaban a hacer filas durante horas con temperaturas bajo cero para poder comprar azúcar y harina.

Mi abuela Alejandra como otras mujeres, vivían en una sociedad machista sin saberlo viendo como el hombre ganaba mucho más en su trabajo y tenía una posición de superioridad frente a ellas. Mi abuela no poseía ningún derecho como el que gozaban los hombres, se sentía infravalorada e incluso llegó a creer de verdad que las mujeres eran inferiores a los hombres; pero no tardó mucho en darse cuenta de que esta situación en la que se encontraba no era algo normal como le habían inculcado. Esta tesitura se sigue pareciendo a la todavía existente en la actualidad, pero al menos a día de hoy somos

conscientes de ella y no nos dejamos engañar tan fácilmente por la sociedad.

En esa época, las leyes zaristas declaraban que la mujer debía obedecer a su marido. Mi abuela no podía tener pasaporte y tampoco podía trabajar sin el consentimiento de mi abuelo, aunque gracias a dios encontró a un hombre de los pies a la cabeza, perspicaz, respetuoso, educado y muy cortés, que siempre la respaldó en todas sus decisiones. Sin embargo, su hermana Nadiezna no fue tan afortunada. Nadiezna se casó con un hombre completamente diferente del que ella creía haber conocido. Mi abuela siempre trataba de ayudarla ya que vivía aislada en un gran sufrimiento, maltratada por su marido y prácticamente esclavizada por él, víctima de la violencia autorizada. Mi abuela apenas podía soportar el terrible dolor de tener que ver a su hermana hundida en una profunda depresión, la cual había conseguido robarle aquel espíritu cautivador que poseía Nadiezna. Mi abuela, Alejandra siempre quiso alejarla de aquel hombre, pero la separación de marido y mujer era casi imposible; el divorcio estaba en manos de la Iglesia, o sea, prácticamente no existía. Las mujeres no tenían ni voz ni voto y no se les permitía ser independientes, el marido se convertía incluso en dueño de cualquier herencia que recibiera la mujer. Mi abuela nació y vivió en Rusia, yo a diferencia de ella he nacido y me he criado en España por lo que me gustaría anotar que las condiciones de las mujeres en la España de 1917 no eran mejores que las de Rusia bajo el zarismo. Las mujeres también necesitaban de la autorización del marido para realizar cualquier tipo de acción como la de firmar contratos o hasta el simple acto de realizar compras, ni siquiera podían vender propiedades que fueran suyas por herencia de padres. Además, el Código Penal existente en esos tiempos imponía duras sanciones para aquellas esposas que insultasen o desobedeciesen al marido. Las mujeres tampoco tenían derecho al voto, no existía el divorcio, ni mucho menos el derecho al aborto.

Mi abuela era obrera industrial, trabajaba en una fábrica textil de Petrogrado, actual San Petersburgo y un día como hoy hace cien años, decidió, con muchas otras mujeres, plantarle cara a la sociedad alienante en la que había estado viviendo oprimida durante tanto tiempo. Toda la furia y angustia acumulada se transformó en acción. Las mujeres habían pasado por tantos percances a lo largo de la historia que su amontonamiento provocó que el día 8 de marzo de 1917 estallase una revolución, conocida como la Revolución de febrero. En Petrogrado ya se habían convocado una serie de manifestaciones, pero nadie podría haberse imaginado que acabarían con una revolución tan importante para las mujeres con la obtención de unos logros que podemos disfrutar a día de hoy.

Mi abuela junto con el resto de las obreras de las fábricas textiles de Petrogrado, en el distrito de Vyborg, salieron a manifestarse a la huelga y recorrieron en grupos todas aquellas fábricas vecinas para dar su voz y conseguir que las personas fueran conscientes de la situación tan nefasta en la que estaban viviendo. Pretendían conseguir que se les uniesen cuantas más personas que perteneciesen al proletariado. Esto llevó a que se dirigiesen especialmente hacia las empresas del metal, convocando a todos aquellos trabajadores a que se les sumasen. Alejandra, Nadiezna y el resto de mujeres, todas unidas, resultaban ser muy convincentes llegando a tirar palos, piedras y bolas de nieve contra las ventanas. Lograron que dos días después en Petrogrado se viviese una huelga general, provocada por la mayoría de la clase obrera. Las mujeres no pretendían parar, iban incluso a las barracas y convencían a los soldados para que se pusieran del lado de la revolución. Las calles se llenaban constantemente de más individuos y se podía sentir en el ambiente, cada vez más cálido provocado por la unión de tantas personas, un fuerte sentimiento de esperanza, optimismo y motivación. Muchas personas de ahí, calladas tanto tiempo por el miedo, sentían que ya no tenían nada que perder, pero sí mucho que ganar con esta revolución. Todas esas personas estaban unidas luchando con un mismo sentimiento y gritando “¡Abajo el Zar!”. En tan solo una semana

consiguieron derrumbar el zarismo tras el cual se formó un gobierno provisional.

El proceso no fue tan sencillo y escueto como parece ya que, para conseguir estos grandes logros, como son los derechos, se invirtió mucho esfuerzo, dedicación y perseverancia. Mi abuela nunca se rindió y decidió luchar todo lo necesario para conseguir sus derechos. La participación de las mujeres fue cada vez mayor, todas ellas unidas a su vez con los trabajadores. Alejandra junto con su hermana tenían más fuerza que nunca y esta vez unidas con el resto de mujeres, no pensaban moverse de la calle hasta que no consiguiesen alguno de los derechos que se proponían. El año fue largo y hubo constantes protestas, revoluciones y una lucha incesante por defender y reclamar unos derechos imprescindibles para las personas.

Se llevó acabo otra revolución de gran importancia realizada en octubre y tras la cual el cambio empezó a ser más significativo. Se establecieron leyes que hacían posible la igualdad política y social de las mujeres. Se implantó el derecho al voto y las mujeres podrían trabajar en cargos públicos. Por fin era posible el derecho al divorcio por el cual Nadiezna no tardaría mucho en separarse legalmente de su marido. Después de todo mi abuela y sus compañeras trabajarían en condiciones mejores. Las trabajadoras que estuviesen embarazadas no podrían ejercer trabajos nocturnos ni pesados. También, se establecieron clínicas que atendían especialmente la maternidad y en 1920, Rusia fue el primer país en legalizar el aborto a petición de la mujer.

Pese a que en unos años posteriores estallaría la Segunda Guerra Mundial, se llegaron a obtener unos derechos de los cuales podemos disfrutar a día de hoy. Mi abuela no llegó a disfrutarlos como se disfrutaban actualmente, pero para ella fue un gran logro ya que fue la primera revolución obrera que triunfó y suponía el gran avance hacia una sociedad sin explotación ni opresión.

Hoy en día no somos conscientes de que gracias a todas las revoluciones que se llevaron a cabo somos capaces de vivir en una situación muchísimo mejor a la que se vivía antiguamente y a veces incluso no lo agradecemos ni pensamos en todas aquellas personas que lucharon por cambiarlo. Hoy, como ayer, hay que seguir luchando por lo que uno considera correcto y justo ya que, aunque la sociedad sea mejor que antes, también puede llegar a ser mejor que la de ahora.

Hoy, 8 de marzo de 2017 es el día Internacional de la mujer, un día para recordar, un día en el que el sol brilla.